

# Las Mil Mejores Poesías de la Lengua Española

RAMÓN DE CAMPOAMOR  
(1817-1901)

EL TREN EXPRESO

(Continuación)

## VIII

De pronto, atronadora,  
entre un humo que surcan llamaradas,  
despide la feroz locomotora  
un torrente de notas aflautadas,  
para anunciar al despuntar la aurora,  
una estación, que en feria convertía  
el vulgo con su eterna gritería,  
la cual, susurradora y esplendente,  
con las luces de gas brillaba enfrente,  
y al llegar, un gemido  
lanzado, prolongado y lastimero,  
el tren en la estación entró seguido,  
cual si entrase un reptil en su agujero.

## CANTO SEGUNDO

### EL DÍA

#### I

Y continuando la infeliz historia,  
que aun vaga como un sueño en mi memoria,  
veo al fin, a la luz del alborada,  
que el rubio de oro de su pelo brilla  
cual la paja de trigo calcinada  
por agosto en los campos de Castilla,  
y con semblante cariñoso y serio,  
y una expresión del todo religiosa,  
como llevando a cabo algún misterio,  
después de un —¡Ay, Dios mío!—  
me dijo señalando un cementerio:  
—¡Los que duermen allí no tienen frío!

#### II

El humo, en ondulante movimiento,  
dividiéndose a un lado y otro lado,  
se tiende por el viento  
cual la crin de un caballo desbocado.  
Ayer era otra fauna, hoy otra flora;  
verdura y aridez, calor y frío;  
andar tantos kilómetros por hora  
causa al alma el mareo del vacío;  
pues salvando el abismo, el llano, el monte,  
con un ciego correr que al rayo excede,  
en loco desvarío,  
sucede un horizonte a otro horizonte,  
cun a estación a otra estación sucede.

## III

Más ciego cada vez por la hermosura  
de la mujer aquélla,  
al fin la hablé con la mayor ternura,  
a pesar de mis muchos desengaños;  
porque al viajar en tren con una bella  
va, aunque un poco al azar y a la ventura,  
muy de prisa el amor a los treinta años.  
—¿Y dónde vais ahora?—  
pregunté a la viajera.  
—Marcho, olvidada de mi amor primero—  
me respondió sincera—,  
a esperar el olvido un año entero.  
—Pero... ¿y después—le pregunté—, señora?  
—Después...—me contestó—, ¡lo que Dios quiera!

## IV

Y porque así sus penas distraía,  
las mías le conté con alegría,  
y un cuento amontoné sobre otro cuento,  
mientras ella, abstrayéndose, veía  
las gradaciones de color que hacía  
la luz descomponiéndose en el viento.  
Y haciendo yo castillos en el aire,  
o, como dicen ellos, en España,  
la referí, no sé si con donaire,  
los cuentos que conté Mari-Castaña.  
En mis cuadros risueños,  
pintando mucho amor y mucha pena,  
como el que tiene la cabeza llena  
de heroínas francesas y de ensueños,  
había cada llama  
capaz de poner fuego al mundo entero:  
y no faltaba nunca un caballero  
que, por gustar solícito a su dama,  
la sirviese, siendo héroe, de escudero.  
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,  
cual si fuese el aliento nuestro idioma,  
más bien que con la voz, con las señales,  
esta verdad tan grande como un templo  
la convertí en axioma:  
que para dos que se aman tiernamente,  
ella y yo, por ejemplo,  
es cosa ya olvidada, por sabida,  
que un árbol, una piedra y una fuente  
pueden ser el edén de nuestra vida.

(Continuará)